

LOUISA MAY ALCOTT

Cambios de humor

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Cambios de humor

Grandes Clásicos

Louisa May Alcott

Cambios de humor

Traducción y postfacio de Micaela Vázquez Lachaga



Primera edición: abril de 2021

Título original: *Moods* (1882)

© de la traducción: Micaela Vázquez Lachaga, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-122371-5-3

Depósito Legal: M-7915-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Promenade en barque aux Andelys*, Henri Lebasque, 1915

Ilustraciones de la edición de 1864, por Frank T. Merrill, John Andrew & Son

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Cambios de humor

PREFACIO

Cuando *Cambios de humor (Moods)* se publicó por primera vez, varios años después de haberla escrito, se modificó tanto para que se adecuara al gusto y a la conveniencia del editor que se perdió de vista el propósito original de la historia. Parecía que el tema principal era el matrimonio, en lugar de un intento de mostrar los errores derivados de los caracteres temperamentales que se guían por los impulsos en lugar de los principios. Una chica de dieciocho años sabría muy poco del primer tema, pero la mayoría de las muchachas conocen bastante bien el segundo. Entre los lectores, solo estas últimas jóvenes han adivinado el verdadero propósito del libro, a pesar de sus muchos defectos, y me lo han agradecido.

Mis observaciones y experiencias como mujer me han confirmado lo que intuían mi instinto y mi imaginación, y lo que intentaba describir de joven. Por ello, me gustaría darle a mi primera

novela, con todas sus imperfecciones, un lugar entre sus hermanas más exitosas, ya que en ella invertí más cariño, esfuerzo y entusiasmo que en ningún otro libro posterior.

Numerosos capítulos se han omitido, algunos de los originales se han recuperado, y los restantes se han recortado y corregido tanto como ha sido posible, pero sin destruir el espíritu juvenil de la novela. A los dieciocho años, la muerte me parecía la única solución a la turbación de Sylvia; pero, tres décadas después, he aprendido que es posible hallar la felicidad tras una desilusión y que el amor y la obligación pueden ir de la mano. Por ello, a mi heroína le espera un destino más sensato y menos romántico que en la edición previa.

Espero que las jóvenes acepten la enmienda y que las mayores sientan complicidad con el instinto maternal que convierte a los hijos desafortunados en los más queridos. Le vuelvo a presentar mi primogénita al público, que ha dado una bienvenida tan cálida a mi último retoño.

L. M. ALCOTT
Concord, enero de 1882

Life is a train of moods like a string of beads; and as we pass through them they prove to be many colored lenses, which paint the world their own hue, and each shows us only what lies in its own focus.

(La vida es una sucesión de cambios de humor similar a una sarta de cuentas; y, a medida que los atravesamos, nuestros estados de ánimo resultan ser lentes de diferentes colores que pintan el mundo con su matiz particular, y cada uno nos muestra solo aquello hacia lo que enfoca).

EMERSON

Moods

by



Louisa M. Alcott.

Capítulo I

SYLVIA

—¡Vamos, Sylvia, que son las nueve! ¿Hoy no te levantas, dormilona? —preguntó la señorita Yule, entrando afanosa en la habitación de su hermana. Tenía la apariencia despabilada de alguien para quien el sueño es un mal necesario que hay que soportar y superar tan pronto como sea posible.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —Sylvia apartó el rostro del torrente de luz que inundó la habitación cuando Prue descorrió las cortinas y abrió la ventana.

—¿Que por qué? Menuda pregunta, salvo que estés enferma. Me temía que ibas a sufrir por el largo paseo en barca de ayer, y mis predicciones casi nunca fallan.

—No sufro por causa alguna y esta vez no has acertado con tus predicciones. Solo estoy cansada de todo y de todos, y no veo ningún motivo para levantarme; así que me voy a quedar

aquí hasta encontrarlo. Cierra las cortinas y déjame en paz, por favor.

Prue había adquirido ese tono premonitorio que tanto irrita a las personas nerviosas, estén sanas o enfermas, y Sylvia se había cubierto los ojos con el brazo en un gesto impaciente mientras hablaba con mordacidad.

—¡Ningún motivo para levantarte! —exclamó Prue, como un eco molesto—. Hay cientos de cosas agradables que hacer si así lo crees, chiquilla. No seas pesimista y no desperdicies un día tan hermoso como este. Levántate y prueba mi plan: disfruta de un buen desayuno, lee los periódicos y luego trabaja en el jardín antes de que haga demasiado calor; es una tarea muy sana y, por desgracia, últimamente la has descuidado.

—No quiero desayunar; odio los periódicos, están plagados de mentiras; estoy harta del jardín, este año no crece nada; y detesto hacer una tarea por el simple hecho de que sea sana. No, no me voy a levantar por nada de eso.

—Entonces quédate en casa y dibuja, lee o toca algo de música. Siéntate con Max en el estudio. Cuéntale a la señorita Hemming qué necesitas para este verano o ve a la ciudad a comprarte un sombrero. Hay una matiné, podrías asistir; o, si no, hacer visitas, tienes pendientes por lo menos unas cincuenta. Seguro que hay tareas y distracciones suficientes para cualquier persona sensata.

Prue parecía triunfante, pero Sylvia no era una «persona sensata», así que continuó con su discurso desalentador y malhumorado.

—Estoy cansada de dibujar, ya tengo un batiburrillo de ideas ajenas en la cabeza y *Herr Pedalsturm*¹ ha desafinado el piano.

1. Juego de palabras con el apellido del profesor: *pedal* hace referencia al pedal del piano, y *sturm* significa «tormenta» o «asalto» en alemán. (Todas las notas son de la traductora.)

Cuando voy a ver a Max, siempre me toma como modelo y no me gusta verme los ojos, los brazos o el pelo en todas sus pinturas. Aguantar el chismorreo de la señorita Hemming es incluso peor que preocuparme por cosas nuevas que no necesito. Los sombreros son mi tormento y las matinés me parecen aburridas, porque la gente susurra y coquetea hasta que la música se echa a perder. Pero lo peor de todo son las visitas: ¿de qué sirve correr de un lado a otro para contar las mismas mentiras piadosas una y otra vez, y escuchar escándalos que te hacen odiar a tus vecinos o compadecerte de ellos? No me voy a levantar por ninguna de estas cosas.

Prue se apoyó sobre el poste de la cama y reflexionó con expresión preocupada hasta que una vana esperanza la hizo exclamar:

—¡Esta mañana Max y yo vamos a ir a ver a Geoffrey Moor! Acaba de llegar de Suiza, donde falleció su pobre hermana, ¿sabes? Deberías venir con nosotros a darle la bienvenida: lleva mucho tiempo fuera y, aunque apenas te acuerdas de él, sería todo un detalle por tu parte, como miembro de la familia. El paseo te vendrá bien y Geoffrey se alegrará de verte. Además, tiene una mansión antigua muy bonita y, puesto que han pasado años desde la última vez que entraste, no puedes quejarte de que te tiene harta.

—Claro que sí, porque ya no será como antes. Además, no podré ir adonde quiera ahora que la presencia de su dueño me arruina la libertad y la soledad de la casa. No lo conozco y no me interesa hacerlo, aunque su nombre me sea tan familiar. Las personas nuevas siempre me decepcionan, sobre todo si solo he escuchado alabanzas sobre ellos desde que nació. No me voy a levantar por Geoffrey Moor, no voy a picar en el anzuelo.

Sylvia sonrió involuntariamente ante la derrota de su hermana, pero Prue empleó el que era su último recurso en momentos

como aquel. Con un gesto decidido, hundió la mano en un bolsillo abismal, escogió un frasquito de entre una variada colección de tesoros y se lo presentó a Sylvia con una mirada y un tono tan suplicantes como autoritarios.

—Te dejo tranquila si te tomas una dosis de manzanilla. Es tan calmante que, en lugar de agotarte con toda clase de fantasías, te quedarás plácidamente dormida y a mediodía estarás lista para levantarte como una persona civilizada. Tómatela, querida; solo cuatro grageas y me quedo satisfecha.

Sylvia aceptó el frasco con una expresión dócil, pero al minuto siguiente lo lanzó por la ventana y se hizo añicos contra la acera de abajo; mientras, dijo riéndose como la joven testaruda que era:

—Esta es la única forma en la que me la tomaré. Ahora los gorriones pueden probar sus efectos calmantes; date por satisfecha.

—Muy bien. Voy a llamar al doctor Baum, porque estoy convencida de que vas a caer enferma. No voy a decirte nada más, pero voy a actuar como creo adecuado, visto que intentar razonar contigo cuando te pones tan obstinada es como hablar con la pared.

Cuando Prue se volvió, Sylvia frunció el ceño y replicó:

—Ahórrate las molestias, porque, si traes al doctor Baum, va a seguir el mismo camino que la manzanilla. Qué sabrá él de salud, un alemán gordo, con barriga de *lager* y hablando de chucrut. Tráeme unas grageas de verdad y me las tomaré. Pero el arsénico, el mercurio y la belladona no son de mi agrado.

—¿Te ofendería que te pregunte si prefieres que te suban el desayuno o que lo dejen hasta que te decidas a bajar?

Prue parecía impasible y calmada, pero Sylvia sabía que se sentía dolida; con uno de los impulsos que se apoderaban de ella, el ceño fruncido se convirtió en una sonrisa y, atrayendo hacia sí a su hermana, la besó con mucho cariño.

—Estaré bien dentro de un rato, querida, pero ahora estoy cansada y de mal humor, así que deja que no moleste a nadie y que duerma para levantarme con un ánimo más alegre. Solo quiero soledad, un trago de agua y un beso.

Sus palabras aplacaron enseguida a Prue, que, después de moverse inquieta durante varios minutos, le dio a su hermana todo lo que pedía y se marchó para encargarse de los innumerables quehaceres que la hacían feliz. Cuando se cerró la puerta, Sylvia soltó un largo suspiro de alivio y, tras cruzar los brazos bajo la cabeza, se dejó llevar al país de los sueños, donde no se conoce el *ennui*.²

Se pasó la larga mañana de verano soñando dormida y despierta, ajena al mundo que la rodeaba, hasta que su hermano tocó la *Marcha nupcial* junto a su puerta cuando iba a comer. El deseo de vengar la repentina caída de sus agradables castillos en el aire despertó a Sylvia y la animó a bajar para reñir a Max. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, Prue desató un flujo constante de palabras. Tenía el hábito de juntar noticias, cotilleos, opiniones privadas y asuntos públicos en una mezcolanza coloquial que a menudo resultaba tan irrisoria como extenuante para el intelecto de sus oyentes.

—Ha sido una visita maravillosa, Sylvia, y Geoffrey te manda recuerdos. Lo he invitado a cenar; cenaremos a las seis para que pueda venir nuestro padre. Antes debo ir a la ciudad porque tengo una docena de asuntos de los que encargarme. No se puede llevar todo el verano un sombrero redondo y chaquetas de linón sin ir bien peinada. Necesito algunas cosas para la cena y tenemos que comprar una alfombra. ¡Geoffrey tenía una preciosa en la biblioteca! Después, he de ir a ver si a la pobre señora Beck le han amputado la pierna sin problemas, enterarme de si Freddy Lennox ha fallecido y encargarme que nos traigan las mosquiteras. No te pases

2. *Ennu*: aburrimiento, en francés.

toda la tarde leyendo y estate preparada para recibir a cualquiera que venga si me retraso.

La necesidad de asimilar aquella perorata produjo un momento de calma que Sylvia aprovechó para preguntar despreocupada, con el fin de sacar a relucir el tema favorito de su hermano:

—¿Qué tal has encontrado a tu santo amigo, Max?

—Tan radiante como siempre, aunque haya sufrido lo suficiente como para envejecer y volverse serio antes de tiempo. Él es justo lo que necesitamos en este barrio, especialmente en nuestra casa: a veces somos un poco melancólicos y nos hará bien a todos.

—¡Qué será de mí, con un hombre perfecto, piadoso y prosaico frecuentando eternamente la casa y sermoneándome por mis errores! —exclamó Sylvia.

—No te preocupes, es probable que no te preste mucha atención. No está bien que una niñita indolente y caprichosa se mofe de un hombre al que no conoce y al que no sabría apreciar aunque lo conociera —fue la respuesta altiva de Max.

—En realidad me agradó su aspecto —repuso Sylvia con una expresión traviesa y mezquina, mientras empezaba a comer.

—¿Cómo? ¿Dónde lo has visto? —preguntó el hermano.

—Fui a su casa ayer para despedirme del jardín descuidado antes de que él llegara. Sabía que se le esperaba, pero no que ya estuviera allí, y, cuando vi que la puerta estaba abierta, entré a hurtadillas y curioseé por donde quise. Llevabas razón, Prue, tiene una mansión antigua muy bonita.

—Seguro que has hecho algo muy poco femenino e inapropiado. Sácame de dudas, te lo ruego.

El rostro angustiado de Prue y la sorpresa de Max provocaron un efecto estimulante en Sylvia, que continuó con aire de modesta satisfacción:

—Me divertí dando un paseo hasta que llegué a la biblioteca, y allí me puse a fisgonearlo todo. Es un lugar fascinante, y me sentí tan feliz como todo aquel que adora los libros y nota su influjo en una habitación en la que son los mejores adornos.

—Espero que Moor entrara y te descubriera invadiendo su propiedad privada.

—No, al salir, lo encontré jugando, cuando ya me había quedado tanto tiempo como pude, y no sin antes coger prestado un libro interesantísimo...

—¡Sylvia! ¿De verdad te has llevado uno sin pedir permiso? —gritó Prue, que parecía tan alarmada como si le hubiera robado la cubertería.

—Sí, ¿por qué no? Sé disculparme con encanto, lo que me allanará el camino para coger otros más. Tengo intención de hojear todos los libros de esa biblioteca en los próximos seis meses.

—Pero ha sido un atrevimiento... Qué falta de educación, qué... Ay, querida. ¡Moor siente mucho cariño por sus libros y los cuida como si fueran sus hijos! Bueno, yo me lavo las manos. ¡Estoy preparada para cualquier cosa!

Max disfrutaba demasiado con las travesuras de Sylvia como para reprenderla, así que se limitó a reír mientras una hermana se lamentaba y la otra continuaba con tranquilidad:

—Prue, cuando tuve el libro bien guardado en el bolsillo, salí al jardín. Pero, antes de poder arrancar una flor, escuché reír a la pequeña Tilly detrás del seto y oí una voz extraña que le hablaba; entonces me subí a un rodillo para ver mejor y casi me caigo: allí había un hombre tumbado en la hierba, y sobre él se divertían los niños del jardinero. Will le hurgaba los bolsillos y Tilly se comía las fresas que le sacaba del sombrero. De vez en cuando metía alguna en la boca de su vecino, que siempre sonreía cuando la manita se le

acercaba con torpeza a los labios. Tendrías que haber visto aquella estampa tan bonita, Max.

—¿Y él vio la interesante estampa que había a tu lado del muro?

—No. Yo estaba pensando en que el hombre tenía unos ojos muy afables, estaba escuchando su agradable charla con los chiquillos y mirando cómo se acurrucaban con él como si se tratara de una muchacha, cuando Tilly levantó la vista y chilló: «¡Veo a *Silba!*», así que eché a correr. Esperaba que me siguieran a toda prisa, pero no apareció nadie y solo escuché una risa en lugar del «detened al ladrón» que me merecía.

—Si tuviera tiempo, te convencería de que actuar de ese modo es poco correcto; pero, como no lo tengo, te suplico que no vuelvas a hacer algo semejante en casa de Geoffrey —dijo Prue, levantándose cuando llegó el carruaje.

—Te lo prometo —contestó Sylvia. Se quedó abatida, sacudiendo la cabeza mientras se asomaba con languidez por la ventana hasta que sus hermanos se marcharon.

A la hora señalada, Moor entró por la hospitalaria puerta del señor Yule, pero nadie acudió a recibirlo. La casa estaba muy silenciosa, como si estuviera deshabitada. Adivinó la causa de dicho silencio, pues había visto a Prue y a Max de camino a la ciudad unas horas antes y se dijo: «El barco lleva retraso». No molestó a nadie, sino que dio un paseo y le echó un vistazo a las distintas estancias. Como era de la clase de personas para las que el tiempo libre rara vez supone una carga, se entretuvo observando los cambios que se habían producido durante su ausencia. Su recorrido por las salas no fue muy largo, pues, al aproximarse a una ventana abierta, se detuvo con una expresión tan asombrada como divertida.

Ante el ventanal se extendían un montón de almohadones, sacados de sillones y sofás, que tenían el aspecto de un nido recién abandonado. En un rayo de sol se encontraba un cuadro de tonos cálidos que había sido descolgado de la pared; colocada sobre un taburete había una hoja de frutal y, junto a ella, con una mancha roja en la portada, apareció el libro robado. Moor frunció el ceño ante aquella imagen, recogió su profanado libro predilecto y se lo guardó en el bolsillo. Pero, al echar otro vistazo a las diversas indicaciones de lo que evidentemente era una fiesta solitaria muy conforme a sus gustos, Moor se ablandó, dejó el libro donde lo había encontrado y, tras apartar la cortina que flotaba al viento, miró hacia el jardín, atraído por el ruido de una pala.

Allí cerca había una chica trabajando, una joven esbelta que vestía un traje corto de lino, unas botas grandes y un sombrero de ala ancha caído sobre la frente. Silbaba con dulzura mientras removía la tierra con movimientos enérgicos; una vez cavado el hoyo que necesitaba, colocó un arbusto, relleno el agujero, lo pisoteó con precisión y se apartó para evaluar el éxito de su labor. Pero no estaba bien, se había olvidado de algo, pues de repente arrancó el arbusto y, llevándose una carretilla que había a su lado, la muchacha se alejó, dobló la esquina y Moor la perdió de vista. Él sonrió ante la impetuosidad de la joven y esperó su regreso con interés, sospechando de quién se trataba.

Ella volvió por el camino al poco rato, con la cabeza gacha y paso firme, empujando la carretilla con un montón de tierra fértil coronado con una regadera. Reanudó su tarea sin detenerse para recobrar el aliento: ensanchó el hoyo, añadió la tierra, vertió el agua, recolocó el arbusto y, cuando le hubo dado las últimas pisadas y palmaditas, festejó el triunfo con un baile, tras el cual se quitó el sombrero y se abanicó el rostro, acalorada. Aquello provocó

que el observador se inclinara para seguir mirándola, pensando con una sonrisa, al reconocer a la enérgica trabajadora: «¡Qué voluble es esta chica! Frecuenta tu casa sin que la vean y te roba los libros sin levantar sospechas. Se pasa medio día soñando y la otra mitad trabajando. ¿Qué será lo siguiente?».

Sujetando la cortina entre su cuerpo y la ventana, Moor miró a través de la tela translúcida y disfrutó mucho de aquel episodio. Después de descansar y abanicarse durante unos minutos, Sylvia anduvo de un lado al otro entre las flores. A menudo se detenía para arrancar una hoja seca, retirar algún insecto dañino o ayudar a que a alguna planta le llegara la luz del sol. Se paseaba entre ellas como si fuera una más, consciente de todas sus necesidades. Si antes había parecido fuerte y robusta como un muchacho, ahora tenía las manos delicadas de una mujer, mientras tarareaba de aquí para allá como una abeja feliz.

«¡Qué niña tan curiosa!», pensó Moor, mientras observaba cómo el sol brillaba sobre la cabeza descubierta de la joven y escuchaba en el aire la canción que dejaba a medio cantar. «Quiero salir y ver cómo me recibe. Seguro que no lo hace igual que las demás».

Sin embargo, antes de poder llevar a cabo su plan, se oyó un carruaje que llegaba por la avenida y, tras detenerse un instante con la cabeza erguida como un cervatillo asustado, Sylvia se giró y desapareció, dejando caer las flores mientras corría. El señor Yule, acompañado por dos de sus hijos, entró a toda prisa entre saludos, explicaciones y disculpas, y la casa se llenó enseguida de un agradable revuelo. Se subían y bajaban las escaleras, se oía el eco de las voces en las habitaciones, emanaban aromas deliciosos de la planta baja, y se abrían y cerraban las puertas con el viento, como si se hubiera roto un hechizo y el palacio encantado hubiera despertado en un santiamén.

Prue le dio un rápido repaso a su atuendo y atosigó al cocinero hasta llevarlo al límite de la combustión espontánea; mientras tanto, Max y su padre se volcaban en atender a su invitado. Sylvia entró cuando se anunció la cena, tan calmada y serena como si las carretillas fueran un mito y se desconociera la existencia de los vestidos cortos. Le dio la bienvenida al recién llegado con un apretón de manos tranquilo, un saludo tímido y una mirada que parecía decir: «Espera un poco; todavía no me fío de ti».

Moor la observó con un interés fuera de lo normal. Recordaba a la niña caprichosa que había dejado cinco años atrás mejor de lo que ella lo recordaba a él. Sylvia todavía era joven y, aunque había cumplido los diecisiete, apenas aparentaba quince. Tenía una figura delicada a pesar de su silueta bien moldeada; las manos eran elegantes, y la curva de los hombros bajo el vestido violeta pálido resultaba tan exquisitamente sencilla como favorecedora. El rostro estaba lleno de contradicciones; era juvenil, modesto e inteligente, pero también estaba marcado por la melancolía de un temperamento demasiado inestable para poder llevar una vida feliz. Tenía los labios suaves y delicados, y las cejas estaban dotadas de ese algo que indica genialidad. Había orgullo en el porte vivaz de la cabeza de cabellos dorados y ondulados, recogidos en un cintillo violeta del cual se escapaban algunos ricitos para bailar en la frente o caerle sobre el cuello. Los ojos lanzaban miradas unas veces vivas, otras ausentes y, en ocasiones, tristes; de vez en cuando, alguna mostraba lo oscuros y brillantes que eran. Aunque tenía un rostro muy expresivo, no era hermoso, pues carecía de armonía; al tener un cutis muy pálido, los ojos profundos resultaban chocantes a la vista del mismo modo que una disonancia resulta molesta a los oídos. Incluso cuando sonreía con la mirada, la sombra de las negras pestañas parecía llenarla de una melancolía que nunca desaparecía

del todo. Lo mismo ocurría con la voz, que, en lugar de ser aguda como la de una niña, era grave y profunda como la de una mujer madura. Sin embargo, a veces tenía un timbre dulce, como si hablara otra joven más alegre.

Aunque se sentó en silencio como una chiquilla educada, se pasó toda la cena observando y escuchando con una expresión de viva inteligencia que no se ve en los niños. A veces se sonreía, como si hubiera visto u oído algo que le agradaba o era de su interés. Cuando se levantaron de la mesa, siguió a Prue a la planta de arriba, olvidando el desorden en el que había dejado el salón. Los hombres entraron antes de que volvieran las hermanas, y Max descargó su irritación con una diatriba contra todo en general y contra Sylvia en particular; en cambio, su padre y su amigo se sentaron en los sillones sin cojines y encontraron la escena entretenida y original. Prue apareció en mitad de las risas y, como se le había agotado la paciencia porque arriba había descubierto otras fechorías, la presencia de un viejo amigo como Moor no impidió que expresara su descontento.

—Tenemos que hacer algo con esa niña, papá, se me está yendo de las manos. Si intento que estudie, escribe poesía en lugar de hacer sus ejercicios, pinta caricaturas en vez de dibujos apropiados y desconcierta al profesor de música porque le pregunta por Beethoven y Mendelssohn como si fueran amigos íntimos del hombre. Si le ruego que se ejercite, recorre la isla cual amazona, excava en el jardín como si le fuera la vida en ello o chapotea en la ensenada hasta que me distraigo por temor a que la corriente la arrastre mar adentro. Como carece de mesura, cae enferma, pero, cuando le doy la medicina que necesita, la arroja por la ventana y amenaza con hacer lo mismo con el doctor Baum. Necesita algo que la equilibre, porque unas veces

está rebotante de una energía antinatural y otras se llena de una melancolía que parte el corazón.

—¿Qué has hecho con la ovejita negra de mi rebaño? No la habrás desterrado, ¿verdad? —preguntó con calma el señor Yule, ignorando las quejas de su hija.

—Está en el jardín, imagino que cuidando de sus desagradables mascotas. Max, si vas a salir a fumar, hazme el favor de pedirle que entre. Quiero hablar con ella.

Como era evidente que el señor Yule ansiaba echarse su siesta de después de cenar, y Max estaba igual de ansioso por fumarse un puro, Moor siguió a su amigo. Salieron al jardín, que estaba precioso bajo el tenue brillo de la puesta de sol primaveral.

—Deberías saber que mi peculiar hermanita todavía se aferra a algunos de sus gustos e ideales infantiles, a pesar de mis bromas y de los sermones de Prue —comentó Max, tras un par de caladas refrescantes—. Rebose cariño y bondad, pero es demasiado orgullosa y tímida para ofrecérselos a sus semejantes, así que se los concede a los habitantes más necesitados de la tierra, del aire y del mar con el más encantador de los altruismos. Quienes dependen de ella no son hermosos ni interesantes, y tampoco los ama; cuanto más feo y desolado sea el animal, más se vuelca en atenderlo. Mírala, la mayoría de señoritas se pondrían histéricas con cualquiera de sus mascotas.

Moor los observó y le pareció que formaban una bonita estampa. Un sapo gordo se sentaba a los pies de Sylvia, una oruga regordeta le trepaba por el brazo, un pájaro ciego piaba sobre su hombro, unas abejas zumbaban inofensivas alrededor de su cabeza como si la hubieran confundido con una flor y un ratón de campo exhalaba su último aliento entre sus manos. Cualquier chica compasiva se podría haber visto rodeada de aquellas criaturas indefensas

por pura lástima, pero pocas las mirarían con la expresión que tenía Sylvia en el rostro. Su figura, postura y ocupación resultaban tan infantiles por su candidez e inocencia que se notaba aún más el contraste entre el encanto de su incipiente feminidad y el aire pensativo y dulce que volvía más atractivo el rostro. Moor habló antes de que Max pudiera terminarse el puro.

—Esto es mejor que un tocador repleto de perros, labores de aguja y novelas, señorita Sylvia. ¿Puedo preguntarle si no siente repugnancia por ninguno de sus pacientes? ¿O es que su caridad es tan fuerte que los embellece a todos?

—Me desagrada mucha gente, pero muy pocos animales; los compadezco por muy feos que sean y me encariño con todo aquello que me da lástima. Parecerá una tontería, pero creo que me sienta bien, y, hasta que no sea lo suficientemente mayor para poder ayudar a mis semejantes, intento cumplir mi deber con estos pobres enfermos, ya que los juzgo agradecidos y cariñosos.

Había un aire muy cautivador en los gestos de la joven mientras hablaba y acariciaba al animalito que se encontraba sobre su mano con tanta ternura como si se tratara de un niño. Aquello le mostró al recién llegado otra dimensión de aquel polifacético personaje. Mientras Sylvia contaba las historias de sus mascotas a petición de Moor, este disfrutaba de una historia más sutil: aquella que las almas cándidas escriben en el rostro de sus dueños para que la lean y disfruten los ojos más perspicaces. Cuando ella se calló, el ratoncito yacía rígido e inmóvil sobre la delicada mano; los hombres rieron entre dientes, pero se volvieron a sentir como muchachos cuando la ayudaron a cavar una tumba entre los pensamientos, gozando de la belleza de la compasión aunque se la hubieran mostrado de una manera tan sencilla.

Cuando terminaron, Max le comunicó su mensaje a Sylvia y esta se marchó a escuchar el sermón de Prue con aparente docilidad, pero con la mente tan ausente que las sabias palabras de su hermana le entraron por un oído y le salieron por el otro.

—Vayamos a dar un paseo a la luz del atardecer, mientras Max entretiene al señor Moor en el estudio y Prue prepara otra de sus exhortaciones —dijo Sylvia a su padre cuando este se despertó; lo tomó del brazo y pasearon por el amplio porche que rodeaba la casa.

—¿Puedes hacerme un favor, papá?

—Solo vivo para eso, querida.

—Entonces has tenido una vida de mucho éxito.

Ella le estrechó el brazo con las dos manos. El señor Yule sacudió la cabeza con un suspiro pesaroso, pero preguntó con benevolencia:

—¿Qué puedo hacer por mi hijita?

—Prohíbele a Max que lleve a cabo el plan con el que me amenaza. Dice que traerá a nuestra casa a todos los hombres que conoce (que son muchos), y que les hará pasar un rato tan agradable que seguirán viniendo; él insiste en que necesito diversión y que nada será tan entretenido como un pretendiente o dos. Pídele que no lo haga, por favor, todavía no quiero enamorarme.

—¿Por qué no? —preguntó su padre, entretenido con sus confidencias a la luz del atardecer.

—Me da miedo. El amor es muy cruel con algunas personas y presiento que lo será conmigo, porque siempre voy de un extremo a otro y me equivoco constantemente cuando intento hacer las cosas bien. El amor confunde a los más sabios y sé que a mí me cegaría o me volvería loca. Por eso prefiero no tener nada que ver con eso durante mucho, mucho tiempo.

—Entonces Max no tendrá permitido traer ni a un solo ejemplar. Prefiero que te quedes tal y como estás. Sin embargo, quizá serías más feliz si hicieras lo que hacen los demás jóvenes; podrías probar, querida.

—No puedo hacer lo que hacen los demás; lo he intentado sin éxito. El invierno pasado, cuando Prue me obligó a salir, la gente probablemente pensaba que era una tonta al verme abatida por los rincones, pero me lo pasaba bien a mi manera y descubrí cosas que me han sido útiles desde entonces. Sé que soy caprichosa y difícil de complacer, y no pongo en duda que la culpa fuera mía, pero me sentí decepcionada con casi todos a quienes conocí, aunque me haya internado en lo que Prue llama «la alta sociedad». Las chicas parecían cortadas por la misma tijera: todas decían, hacían, pensaban y vestían lo mismo; bastaba con conocer a una para conocer a una docena. Jessie Hope fue la única que me cayó bien; es muy guapa, parece haber sido creada para que la miren y la adoren.

—¿Qué te parecieron los caballeros, Sylvia?

—Incluso peores; actuaban alegres entre sí, pero nunca consideraron que valiera la pena ofrecernos una conversación diferente al champán y al helado que nos traían: chispeante, dulce y sin sustancia. Casi todos adoptaban un aire de superioridad delante de las mujeres, una actitud que decía con claridad: «Puede que te saque a bailar o puede que no». Es exasperante para aquellos a quienes les importas tan poco como un saltamontes, y a menudo deseé despojarlos de esa actitud tan arrogante contándoles algunas de las críticas de las amables jovencitas que parecían esperar con resignación para aceptar un baile.

—No te alteres, querida; es lamentable y ridículo, pero debemos soportarlo hasta que el mundo aprenda a ser mejor. A menudo hay jóvenes excelentes entre los «saltamontes» y, si te pararas a

mirar, tal vez encontrarías un amigo agradable de vez en cuando —repuso el señor Yule, inclinándose hacia el punto de vista de su hijo sobre la cuestión.

—No, ni siquiera puedo hacer eso sin que se burlen de mí; en cuanto menciono la palabra amistad, la gente ya asiente con la cabeza y me mira como si dijera: «Ah, sí, todos sabemos adónde conduce eso». Me gustaría tener un amigo, papá; alguien que venga de lejos, porque sería nuevo; un hombre (joven o viejo, no me importa), porque ellos van adonde les place, ven las cosas con sus propios ojos y tienen más historias que contar si así lo desean. Quiero a alguien sencillo, inteligente y divertido; creo que sería una amiga muy agradecida si un amigo así tuviera la amabilidad de apreciarme.

—Yo también lo pienso, y tal vez, si intentaras ser más parecida a los demás, hallarías amigos y serías feliz, Sylvia.

—No puedo ser como ellos, sus amistades no me agradarían. No intento ser diferente; aspiro a estar tranquila y contenta, pero no lo consigo. Cuando hago las cosas que Prue juzga rebeldes, no es porque sea desconsiderada u holgazana, sino porque intento portarme bien y ser feliz. Mis antiguos métodos no me funcionan, así que pruebo cosas nuevas, esperando que den resultado; como siempre fracaso, vuelvo a desear y buscar la felicidad, pero nunca logro alcanzarla. A veces pienso que soy una gran decepción.

—Quizá el amor te traiga la felicidad, querida.

—Me temo que no; pero, de todas maneras, no voy a ir de aquí para allá buscando un pretendiente como la mitad de mis amigas. Cuando llegue el indicado, lo sabré, lo querré y nunca me separaré de él, sin importar lo que pueda pasar. Mientras tanto, quiero un amigo y voy a hacer lo posible por encontrarlo. ¿No crees que puede existir una amistad simple y auténtica entre un

hombre y una mujer sin que esta desemboque en un mar de amor eterno?

El señor Yule se rio con disimulo al amparo de la oscuridad, pero se recompuso para contestar muy serio:

—Sí; algunas de las amistades más célebres y bellas han sido de ese tipo, y no veo razón por la cual no pudiera haber más. Sigue buscando, Sylvia, intenta ser feliz; tanto si encuentras la amistad como el amor, recuerda que tu padre siempre estará contento de esforzarse al máximo en ambos casos.

La mano de Sylvia se deslizó hasta el hombro de su padre y la voz se le llenó de un afecto filial cuando declaró:

—Papá, serás mi único amor durante mucho tiempo. Aun así, seguiré buscando y, si tengo la fortuna de hallar a la persona que quiero y soy lo suficientemente buena como para conservarla, seré muy feliz. De veras creo que necesito un amigo, papá.

Entonces Max le pidió a su hermana que entrara y cantara para ellos, una petición que habría rechazado si no hubiera prometido a Prue que se comportaría para expiar sus travesuras. Sylvia entró, se sentó y le dio otra sorpresa a Moor: de su garganta brotó una voz cuya fuerza y *pathos* convirtieron en tragedia la sencilla balada que cantaba.

—¿Por qué has escogido esa canción tan lastimera, que solo habla de amor, desesperación y muerte? Escucharla le parte a uno el corazón —comentó Prue, haciendo una pausa en sus cálculos mentales sobre las compras de la mañana.

—Me ha venido a la mente, así que la he cantado. Voy a probar con otra, haré lo posible por complacer.

Y comenzó a entonar una melodía alegre, tan jubilosa como si la alondra hubiera confundido la luz de la luna con el alba y, cantando, hubiera remontado el vuelo hacia el cielo. La voz y la

canción eran tan hermosas y joviales que provocaron un suspiro de placer y un gran deleite en los oyentes, y parecieron dotar a la cantante de un encanto inesperado. Sylvia se dio la vuelta al terminar y, cuando vio la satisfacción en el rostro de su invitado, le impidió que la expresara verbalmente diciéndole con su característica franqueza:

—Ahórrese los elogios. Sé que tengo buena voz, esto debe agradecérselo a la naturaleza; está bien entrenada, por ello debería felicitar a *Herr Pedalsturm*; y el haberla podido escuchar se lo debe a mi deseo de expiar ciertas ofensas del pasado y del presente, porque casi nunca canto delante de extraños.

—Permítame darle las gracias a la naturaleza, a *Pedalsturm* y a la penitencia, y también confiar en que, con el tiempo, no me considere un extraño, sino un vecino y un amigo.

El sutil énfasis en aquella última palabra le resultó grato al oído de la joven, pues parecía dar respuesta a un anhelo inexpressado. Lo miró inquisitiva y le pareció encontrar una promesa en su mirada.³ Una sonrisa le iluminó el rostro y, como si obedeciera a un impulso repentino, dijo tanto para sí misma como para el hombre:

—Creo que ya he encontrado a mi amigo.

3. «*A (full) assurance given by looks*», alusión al verso extraído de *An Elegie, or Friend's Passion for his Astrophel* (1593), poema de Matthew Roydon (1580-1622) sobre la muerte del bardo sir Philip Sidney (1554-1586), introductor del soneto en la literatura inglesa.